

HOMENAJE DEL DEPARTAMENTO DE GEOGRAFÍA

por RUBÉN CARPIO CASTILLO
Licenciado en Geografía e Historia

Se me ha ofrecido el honor de pronunciar las palabras en este acto con el cual el Departamento de Geografía rinde homenaje de reconocimiento a su antiguo director, el eminente geógrafo Pablo Vila. Don Pablo, como cariñosamente le decimos sus discípulos que tuvimos la impar oportunidad de formarnos a su lado, disfruta hoy de un merecido retiro, después de haber sido el jefe de este Departamento durante unos quince años.

Retiro oficial solamente para un hombre que, a pesar de su edad, lleva en su alma la voluntad andariega del geógrafo y le parecen pocos los caminos para recorrer, con su mirada de buen observador, los paisajes terrestres en busca de su significación geográfica fundamental. Quienes conocemos su paso por el Instituto Pedagógico sabemos de su intransigente disciplina para enseñar los estudios geográficos e históricos, y de cómo su pasión por la geografía logró fecundar y prender el entusiasmo en un grupo de jóvenes que hoy constituyen el núcleo profesional venezolano más importante dentro de las disciplinas geográficas.

De todos los geógrafos que han visitado nuestra tierra, o que han vivido en ella, ninguno logró formar escuela como este sabio catalán que nos congrega hoy para recibir de nosotros modesta recompensa a sus desvelos. Hubo momentos de nuestro desarrollo educativo y científico en que parecieron señalarse rumbos en esta misma dirección. Tal el caso del sabio Adolfo Ernst, que nos introdujo los métodos científicos del positivismo y quien inspiró al malogrado Alfredo Jahn en sus incursiones por la geografía y por las ciencias naturales.

Esta labor de formación de cuadros, esta continua difusión de los estudios geográficos ante sus alumnos y en revistas culturales y científicas, constituyen el mérito principal de don Pablo Vila, quien profesó en nuestro Instituto las lecciones más nobles de su apostolado. Cuando la geografía era entre nosotros una mera descripción de accidentes naturales y humanos, él introdujo el conocimiento científico de esta disciplina, con los basamentos de observación, interpretación y análisis que conforman su concepción moderna.

Con él se hicieron frecuentes las excursiones de estudio para comprobar en el laboratorio de la naturaleza, al vivo, las exposiciones teóricas de problemas

trascendentes en los cuales se destacaba siempre el hombre como elemento principal de los paisajes geográficos. Y como toda obra educativa requiere una evaluación para medir el resultado de las enseñanzas, con él también se hicieron más frecuentes las bajas calificaciones para quienes confundían un río con un valle, o una montaña con un cerro, todo lo cual contribuyó, no solamente a enseriar los estudios de nuestro Departamento, sino a aumentar el legítimo orgullo de nuestros estudiantes, quienes podían respaldar sus diplomas en un trabajo intelectual que los armaba de sólidos conocimientos.

Por eso, cuando se pronuncia el nombre de este maestro, viene a nuestra mente la lección tesonera de su esfuerzo constructor. Con más de ochenta años de edad, puede decirse que este hombre cabalga sobre el lomo de dos siglos, y que su experiencia de vida vivida con inquietud intelectual ha podido desentrañar los secretos de una evolución histórica del planeta que nos fue entregando como contenido de sus valiosas enseñanzas.

Pero si esa su gigantesca labor no fuera suficiente, podríamos destacar la entrega que nos hizo de su magnífica geografía de Venezuela, cuyo primer volumen la coloca como la más moderna y científica geografía que ha sido publicada en nuestro país hasta hoy. Alejandro de Humboldt, con la información documental que poseía, y posteriormente con su visita a las tierras que él denominó Regiones Equinocciales del Nuevo Continente, esbozó parcialmente los contornos geográficos de nuestro país. Esa obra pionera constituye la primera interpretación de la tierra venezolana, según métodos geográficos que sentaron las bases de la geografía moderna. Agustín Codazzi, también extranjero, preciso con mayores alcances la Geografía de Venezuela cuando el siglo XIX se encontraba a mitad de su camino. Desde entonces sólo trabajos parciales o simples manuales fueron publicados, la mayoría de estos últimos no siempre afortunados.

Así anduvo la geografía en Venezuela, por largos años sumida en un marasmo, sin encontrar su exacta dimensión, con excepciones como la de Jahn o algunos aficionados a quienes es loable reconocer su esfuerzo generoso. Ese ambiente no lo pudo modificar el breve paso por el Pedagógico de ese gran chileno, humanista y humano que se llama Humberto Fuenzalida.

Le tocó al maestro Pablo Vila señalarnos la dirección inicial, con esa tesonera insistencia tan suya, con esa su admirable fe en las posibilidades de los venezolanos. Así nos entregó su monumental Geografía de Venezuela, obra con intención didáctica y científica, ajena ciertamente a los coloridos y fogonazos de la publicidad comercial, pero obra seria, ilustrada con respeto a la exactitud cartográfica y escrita de acuerdo con las exigencias del rigor científico. Precisamente, en el VI Congreso del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, reunido en Buenos Aires en 1961, la obra geográfica en su conjunto de Don Pablo Vila, y concretamente la edición de su Geografía, le valió el otorgamiento de la medalla Wallace W. Atwood que este Instituto otorga cada tres años a la mejor obra publicada durante ese período en el continente americano. Es esta medalla la que tardíamente entregamos hoy a Don Pablo por comisión recibida que nos honra. El Departamento de Geografía e Historia del Instituto Pedagógico ha querido unir a esa distinción la inauguración de una Sala de Geografía que llevará el nombre del insigne geógrafo, maestro y amigo, Pablo Vila.

Reciba usted, don Pablo, este modesto homenaje que le rinde el Departamento

mento por el cual usted tanto hizo. Compártalo con doña Emilia, la insigne y ejemplar compañera, quien después de más de cincuenta años de matrimonio, continúa siendo la novia permanente, a quien un día encontrara en sus incursiones geográficas por entre los almendros florecidos del mediterráneo. Y cuando regrese a Venezuela venga siempre a esta casa, en donde se le quiere y se le admira, para que cuente los ladrillos del edificio científico que usted ayudó a construir con intransigente pasión geográfica. Los que aquí quedamos, sin cruzarnos de brazos, los tendremos abiertos a la venezolana, para el sabio maestro, compañero y amigo.

Caracas, 19 de mayo de 1964.